

# 4

## ANÁLISIS DEL DISCURSO: MARCO TEÓRICO E INVESTIGACIONES PREVIAS SOBRE EL CONFLICTO ARMADO COLOMBIANO

Para la realización de la presente investigación se partió del supuesto de Van Dijk (2003), acerca de que el análisis crítico del discurso (ACD) no es un método en sí, sino una perspectiva que puede realizarse con cualquier subdisciplina de las Ciencias Sociales (en este caso, la Psicología). Entonces, el ACD es “un análisis del discurso efectuado con una actitud” (p. 144).

Esta perspectiva se preocupa por las problemáticas sociales y la producción y reproducción del abuso de poder; manifiesta y defiende una posición social y política y busca establecer una relación entre el discurso y las estructuras sociales para generar conocimientos o hallazgos que puedan ser compartidos con el grupo dominado (Van Dijk, 2003), con el fin de denunciarlos e impulsar un cambio sociopolítico que beneficie a las mayorías y no solo a la élite (Van Dijk, 2004).

El análisis crítico del discurso es un tipo de investigación analítica sobre el discurso que estudia primariamente el modo en que el abuso del poder social, el dominio y la desigualdad son practicados, reproducidos, y ocasionalmente combatidos, por los textos y el habla en el contexto social y político. El análisis crítico del discurso, con tan peculiar investigación, toma explícitamente partido, y espera contribuir de manera efectiva a la resistencia contra la desigualdad social (Van Dijk, 1999b, p. 2).

Puesto que el análisis crítico del discurso busca estudiar no solo su componente lingüístico, sino también su relación con las estructuras sociales, es importante que se haga desde la interdisciplinariedad. Así podrá ofrecer una visión integral de lo que se estudia, en especial cuando se está centrando la atención en la relación entre los procesos lingüísticos y los cambios socioculturales, los cuales, independientemente de

ser producidos por eventos económicos, históricos o políticos, conllevan al cambio discursivo de un tema en particular (De la Fuente, 2002).

Según Van Dijk (1994), el ACD es una perspectiva de contrapoder y resistencia que pretende hacer una búsqueda crítica de actos inaceptables que se ejecutan de manera sistemática y que representan abuso de poder o dominación, llevados a cabo por instituciones o grupos y no por personajes específicos. Además, el discurso funciona como un instrumento de poder, por medio del cual los grupos dominantes buscan controlar las estructuras mentales del grupo dominado. Dicho control puede ejercerse con el texto mediante las estructuras del tópico, las estructuras sintácticas y las semánticas. Ello evidencia un grado lexical (referente a la selección de palabras), grado de especificidad y grado de completitud de texto (algunos eventos pueden presentarse de forma muy detallada y otros de forma difusa) y control de las formas retóricas, entre otras (Van Dijk, 1994).

Este control, como tal, forma parte del poder que puede ejercer un grupo y el abuso de este puede expresarse por medio de la manipulación. La manipulación puede influir en la cognición episódica (opiniones personales, por ejemplo) y la cognición social; en esta última, el conocimiento específico (como el saber los intereses del otro grupo) y el conocimiento general (como el saber las estrategias utilizadas por el otro grupo) pueden influir sobre los modelos mentales de la audiencia.

La generalización, por su parte, es una de las estrategias más utilizadas para incidir en la cognición social y puede llevar también a conocimientos y actitudes generales. Por ejemplo, tras el atentado contra las Torres Gemelas y por la propaganda contra el terrorismo llevada a cabo por el Gobierno de Estados Unidos, el conocimiento y la actitud de la comunidad internacional hacia este fenómeno cambió radicalmente. Entre las estrategias utilizadas se encuentra haber utilizado un suceso que implicaba un fuerte impacto emocional dentro de los modelos mentales de la audiencia y haber repetido y mostrado otros eventos similares de manera sistemática (Van Dijk, 2006). Esta última estrategia, como se verá más adelante, ha sido utilizada también dentro del panorama nacional por el presidente Juan Manuel Santos (Rivero, 2013) y por el expresidente Álvaro Uribe Vélez (Castellanos, 2014).

Van Dijk (2003) propone niveles y dimensiones dentro del análisis crítico del discurso. Entre estas se destacan las macroestructuras semánticas, referentes a los temas o lo que se busca tratar en el discurso, con una idea general del corpus. Por otra parte, también existen significados locales (las ideologías son las más estudiadas dentro del

ACD); sin embargo, estas no siempre se presentan de forma explícita, por lo que los presupuestos, las alusiones y las ambigüedades pueden develar lo que es asumido dentro del modelo mental de la persona o del grupo que da el discurso.

Además de estas estructuras semánticas, pueden analizarse las estructuras pragmáticas (entre las que se encuentran la sintaxis, las proposiciones y las figuras retóricas, por ejemplo) que, a diferencia de las primeras, no develan la ideología de quien emite el mensaje, sino sus intenciones, su estado anímico, las preocupaciones de interacción y su perspectiva sobre determinados eventos; por lo tanto, estas pueden manifestarse por orden, primacía, relaciones pronominales, nominalizaciones y la voz activa o pasiva (Van Dijk, 2003).

Dada la importancia de los significados locales en el análisis crítico del discurso, es importante destacar que las ideologías son cognitivas (abarcan creencias, ideas, pensamientos, juicios y valores), sociales (permiten la identificación de los grupos) y sociocognitivas (compartidas desde los modelos mentales que propician las representaciones sociales). Además, las ideologías pueden tener varios grados de complejidad a pesar de ser generales y abstractas, pues presentan manifestaciones contextuales variables y no pueden ser catalogadas como verdaderas o falsas, ya que actúan como sistemas de interpretación (Van Dijk, 2008).

Puesto que tales grados se relacionan dentro de la realidad social, Van Dijk (1999a) sostiene que estos pueden enlazarse de diferentes maneras, entre las cuales incluye: a) miembro del grupo: dentro de su discurso, una persona puede representar diferentes grupos sociales, “es entonces el grupo el que actúa a través de uno de sus integrantes” (Van Dijk, 1999a, p. 25); b) relaciones entre acción y proceso: “[...] las acciones de los niveles más bajos pueden conformar directamente o indirectamente procesos sociales o relaciones sociales globales entre grupos” (Van Dijk, 1999b, p. 25); c) contexto y estructura social: quien emite el discurso lo hace en una situación que a su vez se encuentra inmersa en un contexto más amplio, y d) representaciones sociometales: incluyen elementos como el conocimiento, las actitudes y la ideología compartidos por un grupo o una cultura (Van Dijk, 1999b).

Van Dijk (1996a) propone una estructura valorativa abstracta (cuadrado ideológico), según el cual la polarización se basa en: a) resaltar las buenas propiedades o acciones del propio grupo; b) resaltar las malas propiedades o acciones del otro grupo; c) mitigar las malas acciones o propiedades del propio grupo, y d) mitigar las buenas acciones o propiedades del otro grupo. Las opiniones, además, “pueden expresarse no solo a través de los conceptos contenidos en la proposición, sino también por la misma estructura de la proposición” (Van Dijk, 1996b, p. 20).

Es importante que dentro del discurso exista una coherencia local; por tanto, las proposiciones pueden funcionar como explicaciones, contrastes o ejemplos de otra proposición, así como generalizaciones o especificaciones. También pueden presentarse desplazamientos semánticos como paralipsis, entre los cuales se encuentra la concesión aparente y la empatía aparente. En ellas se emite un primer enunciado positivo, mientras el resto de la frase implica una connotación negativa (por ejemplo, no soy intolerante, pero...), para mitigar los juicios negativos que se pueden hacer sobre el grupo (Van Dijk, 1996b). En estos desplazamientos semánticos puede surgir también la aceptación y la negación aparente, por las que se reconoce o se niega algo del propio grupo o del otro, pero se acompaña de una frase que resulta contradictoria (Van Dijk, 1992).

Ya que el presente estudio ofrece un análisis crítico del discurso de un actor social del conflicto, las ideologías manejadas por este son de vital interés. Van Dijk (2005) afirma que las ideologías son “sistemas de creencias socialmente compartidos por los miembros de una colectividad de actores sociales” (p. 10), que pueden incidir y organizar otras creencias sociales como los valores que van a ser considerados de importancia para el grupo, los conocimientos de sus miembros y sus actitudes y serán desarrolladas o desintegradas de acuerdo con las mecánicas internas del grupo.

Para Van Dijk (1999a), “las creencias ideológicas necesitan ser expresables por lo menos en algún tipo de lenguaje o sistema semiótico” (p. 33). El autor asegura que el discurso de un interlocutor puede estar compuesto por proposiciones ideológicas que pueden ser seleccionadas por los miembros de un grupo, que expresa sus opiniones con fines pragmáticos y propagandísticos de acuerdo con su público receptor. Sin embargo, cuando estas opiniones o creencias son demasiado específicas y se refirieren a situaciones particulares, se habla de modelos mentales que, a pesar de ser personales, se encuentran influidos por el grupo y la cultura, lo que afecta los productos discursivos; de este modo, las creencias ideológicas son expuestas de manera explícita solo a miembros de otros grupos, porque están presupuestas dentro del mismo.

Puesto que las ideologías “deben ser compartidas en forma social, y estar organizadas alrededor de un esquema que autodefine a un grupo y sus relaciones con otros grupos” (Van Dijk, 1999a, p. 36), dentro del discurso podría esperarse que las normas, los valores y los recursos de poder sean enfatizados, recalquen lo positivo del propio grupo y lo negativo del otro e insistan en las diferencias entre uno y otro. Por tanto, las proposiciones ideológicas están inmersas en el discurso y se hacen explícitas o implícitas según el contexto y la evaluación de lo que el locutor considera que cree y conoce la audiencia (Van Dijk, 1999a).

El énfasis en lo positivo del propio grupo y lo negativo del otro puede llevar a estrategias de atribución en las que los aspectos no favorables del propio grupo son per-

cibidos como consecuencia de factores externos, mientras los rasgos o las acciones favorables son percibidas como propios de este; por el contrario, el otro grupo será responsabilizado por sus acciones negativas y las positivas serán atribuidas a factores externos (Van Dijk, 1996b).

En resumen, se espera que se haga énfasis en el propio grupo, que se presente en una posición prominente, que se utilicen hipérboles para referirse a este, que se haga una descripción detallada de él, que las acciones positivas sean atribuidas a la personalidad del grupo, que se haga referencia directa y explícita de este y que se ejerza un control sobre la propia imagen, que se haga una subestimación del otro grupo, que se describa de forma vaga o general y que sus acciones positivas sean atribuidas al contexto.

El autor señala que el discurso ideológico estará orientado a: a) descripciones autoidentitarias; b) descripciones de actividad; c) descripción de propósitos; d) descripciones de normas y valores; e) descripción de posición y de relación, y f) descripción de los recursos (Van Dijk, 1996b).

Debido a que el grupo comparte una serie de conocimientos, consideramos importante recalcar los criterios tipológicos para la caracterización del conocimiento propuestos por Van Dijk (2002). Entre estos se encuentran: a) conocimiento personal vs. conocimiento social: se refiere a aquel que posee únicamente un individuo, que se encuentra dentro de su memoria episódica y que es de carácter privado antes de verbalizarlo para ser compartido por unas pocas personas; b) conocimiento social y grupal vs. conocimiento cultural: en su primer enunciado, hace referencia a lo que se presupone del discurso dentro del grupo social de la persona que emite el mensaje, mientras el segundo término implica lo que se puede dar por supuesto incluso fuera del grupo, siempre y cuando comparta la misma cultura; c) conocimiento sobre eventos específicos vs. propiedades generales de los eventos, y d) conocimiento sobre eventos históricos vs. estructuras sociales y políticas: esta tipología obedece a las formas de conocimiento y también a las formas pragmáticas y semánticas del discurso.

No solo el conocimiento desempeña un papel importante dentro del discurso, sino otros elementos cognoscitivos como la memoria. Van Dijk (1993) usa el término “modelos mentales” para explicar lo que permite a un interlocutor imaginar lo que se está diciendo en un texto o por medio del habla.

En este proceso, la persona que recibe el mensaje debe recurrir al recuerdo de experiencias personales (memoria episódica) directas o indirectas, por ejemplo, puede ser que haya participado directamente en una experiencia similar o que haya observado un evento parecido. Cuando un modelo es compartido por miembros de un mismo

grupo, este tenderá a estandarizarse; así, los eventos o las situaciones estereotipadas llevarán a la formación de esquemas generales (memoria semántica social); sin embargo, no deben ser confundidos con los modelos generalizados, ya que estos últimos aluden a generalizaciones a partir de la experiencia propia.

Dichos modelos pueden ser activados o evocados durante el pronunciamiento del discurso y pueden hacer que este sea interpretado de distintas formas según la persona que lo escuche y de las normas, los valores y las ideologías del grupo. Los modelos, por tanto, permiten que el discurso sea percibido y expresado como coherente y proporcionan una serie de presupuestos, pues llevan a que haya una información conocida con respecto a lo referido (Van Dijk, 1993). En palabras del autor:

[...] si interpreto el levantamiento militar como una infracción del orden democrático en Argentina, puedo agregar una opinión negativa del levantamiento en mi modelo y una opinión positiva de los intentos por sofocarlo. Igualmente, dado que anteriormente he visitado Argentina y tengo amigos en ese país, mi modelo puede contener proposiciones que representen la preocupación que puede surgirme por la seguridad de mis amigos. Los viejos modelos que se formaron en mi primera visita, pueden ser activados y parcialmente recuperados, por ejemplo, el conocimiento que tengo de la geografía local, de las calles y de los edificios de Buenos Aires que veo ahora en la televisión y toda esta información, puede insertarse en el modelo actual, aunque no esté explícitamente presente en las noticias de la prensa (p. 43).

El discurso no es un objeto en sí mismo, sino un proceso cognoscitivo y parte de la acción social, puesto que en su producción y comprensión participan memorias previas que posibilitan que, aunque algo no esté manifestado de forma explícita, el conocimiento que tienen las personas del mundo y del lenguaje permitan inferirlo o entender a lo que se está refiriendo el acto discursivo (Van Dijk, 1983).

Así, lo simbólico, tal como lo señala Alcalá (2002), es algo multívoco, cuya comprensión radica en el entendimiento y en la capacidad de ubicar lo dicho por alguien dentro de un contexto significativo; por eso, identificar las motivaciones y razones de este resulta indispensable, ya que llevar a cabo esta tarea permite conocer el significado pragmático (y no solo el significado literal) de lo comunicado, porque es en este en donde intervienen creencias, actitudes y conocimientos (Ascanio, 2001).

La relevancia de este significado pragmático radica en que “el discurso no siempre es ideológicamente transparente” (Van Dijk, 2005, p. 19). De acuerdo con Van Dijk (2005), en contextos de negociaciones de un conflicto, pueden omitirse las manifestaciones o declaraciones explícitas de tipo ideológico, con el fin de no prolongar su resolución más de lo necesario. Estos parecen tener un elemento común: “[...] el

discurso ideológico es generalmente organizado por una estrategia general de auto-presentación positiva (alarde) y la presentación negativa del otro (detracción)” (Van Dijk, 2005, p. 20).

Para el autor, puede hacerse uso de recursos sintácticos informando de forma reiterada y extensa acciones por parte del grupo contrario que no son socialmente aceptadas o de forma sintáctica, haciendo énfasis en la responsabilidad de estos por medio de oraciones en voz activa o restarle relevancia por medio de frases en voz pasiva. Dentro del contexto, el locutor puede presentarse como miembro de un grupo o categoría social; asimismo, en el significado del discurso puede hacerse mayor o menor precisión o referirse a un acontecimiento de forma explícita o implícita (manifestación). También desempeñan un papel importante la textura (detallada o amplia), el ámbito (general o específico) de lo referido, la modalidad con la que se hace (o de términos como tener o deber), la evidencia (demostrar que el propio grupo tiene la razón y el otro está equivocado), los negadores (rechazar o justificar lo negativo del propio grupo) y el léxico (la selección de términos positivos o negativos, de acuerdo con el grupo al que se está refiriendo).

En cuanto a la forma, destaca el empleo de proposiciones completas o nominalizaciones y el uso de significados para el propio grupo y para el grupo adversario, como sobregeneralizaciones, la repetición de lo positivo o negativo y recursos como las comparaciones, las metáforas, las metonimias, la ironía, los eufemismos, las hipérbolos y los juegos de números. En cuanto a los actos de habla, sobresalen las promesas, imputaciones y estrategias como la cooperación o el acuerdo (Van Dijk, 2005). Además del uso de palabras o términos despectivos, podrían usarse pronombres que reflejen distancia con el otro grupo, como ellos, ellas, esta gente (Van Dijk, 1992).

En un discurso político, podría esperarse que el partido, movimiento político o la ideología del emisor sean presentados de forma explícita y directa con adjetivos positivos y que las acciones del propio grupo que sean socialmente aceptadas sean narradas o contadas con lujo de detalles; en tanto, las acciones que no son socialmente bien vistas van a ser presentadas como excepciones o errores que no fue posible controlar, por lo que para referirse a ellas se tenderá a utilizar eufemismos (por ejemplo, hablar de daños colaterales al referirse al asesinato de civiles) (Van Dijk y Mendizábal, 1999).

En el análisis lingüístico, de acuerdo con Abelda (2007), pueden evaluarse rasgos semántico-pragmáticos ligados a la afiliación y a la autonomía; según la autora, la impersonalización “funciona también como estrategia para disminuir la responsabilidad del yo hacía lo dicho” (p. 99).

Asimismo, el cambio de una referencia personal a otro, por ejemplo, pasar de referir un hecho en primera persona a hacerlo en segunda persona funciona como un recurso

lingüístico para la aceptación de lo dicho y mostrarlo como algo común del grupo y no propio de la persona que lo refiere.

Con el fin de evitar la emisión de juicios negativos hacia el emisor, estos suelen hacer uso de estrategias de justificaciones, las cuales se pueden manifestar mediante el empleo de citas de otros o incluso de uno mismo o mediante el acto de atribuir responsabilidad de los propios actos o circunstancias a sucesos externos que no dependen de nosotros.

Uno de los factores que permiten justificar las propias acciones radica en deslegitimar a las víctimas y victimizar al propio grupo. Al respecto, Sabucedo, Rodríguez y Fernández (2003) señalan:

La violencia contra el otro se justifica por el sufrimiento y adversidades que sufre el endogrupo. A nivel discursivo esta victimización conlleva, por lo menos, tres aspectos de interés. Por un lado, el endogrupo puede seguir presentándose como víctima de una situación que viene provocada por el adversario. En segundo lugar, logra desplazar la atención por el crimen cometido y dirigirla hacia las circunstancias en las que se encuentra el endogrupo. En tercer lugar, trata de mantener al grupo cohesionado y firme en sus reivindicaciones (p. 73).

El uso de eufemismos, aforismos, refranes y expresiones también tienen un papel importante dentro de las campañas de guerra. Van Dijk (2005) señala que “las estructuras sintácticas y las figuras retóricas tales como las metáforas, las hipérbolos o los eufemismos se usan para restar o dar énfasis a los significados ideológicos, pero como estructuras formales no tienen ningún significado ideológico” (p. 20). Estrada (2000) menciona, en el contexto colombiano, los términos vacuna, impuesto revolucionario, narcoterrorista, prisioneros de guerra, chulo, dar de baja, entre otros.

Para González (2009), el uso de un lenguaje metafórico desvincula las palabras con su significado o connotación negativa. A continuación se presenta una lista de eufemismos y neologismos presentados por esta autora en su artículo “Palabras en la guerra”, con el fin de ilustrar que muchos de estos términos forman parte de la jerga de la mayor parte de la población civil e incluso muchos de ellos han sido institucionalizados. Consideramos que incluir esta lista permitirá que personas que no están familiarizadas con el conflicto puedan comprender algunos de los términos utilizados en la sección de resultados.

*Paramilitares*: el término paramilitar es un eufemismo utilizado para hacer referencia a grupos al margen de la ley que originalmente combatían a las guerrillas. Debido a su prefijo “para”, aluden a estructuras que operan junto o paralelo a las Fuerzas Militares.

*Autodefensas*: el eufemismo autodefensas busca otorgar al accionar de las estructuras paramilitares una característica de “legítima defensa”.

*Retención o retención con fines políticos*: eufemismo utilizado para referirse al secuestro. Cuando el secuestro es cometido para que la persona capturada dé un mensaje a la sociedad civil, suele hablarse de “retención con fines políticos”.

*Confrontaciones armadas o acciones terroristas aisladas*: dada la falta de reconocimiento de un conflicto armado interno (que implicaría asumir igualdad de condiciones o la incapacidad del Estado para controlar el territorio nacional), estos eufemismos fueron acuñados durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez para referirse a la guerra en Colombia.

*Operaciones conjuntas antisubversivas*: este eufemismo se refiere a la toma de municipios o territorios por parte del Ejército.

*Errores de procedimiento, desmán o extravío*: estos eufemismos tienen en común que representan justificaciones (dirigidas a la población civil o a las víctimas) o causas que llevaron a los daños ocasionados por el accionar del grupo.

*Ajusticiamiento*: venganza o asesinato de miembros del grupo adversario.

*Vacuna*: extorsiones cometidas por los grupos al margen de la ley.

*Abejitas*: eufemismo utilizado para referirse a niños o menores de edad que son combatientes.

*Niña*: término utilizado por grupos armados para referirse a la ametralladora.

*Pesca milagrosa*: secuestro masivo.

*Campanitas*: eufemismo utilizado en su mayoría por paramilitares para referirse a aquellos menores de edad que sirven de centinelas.

*Muñeco*: persona muerta.

*Despeje*: cese al fuego en un área determinada con el fin de hacer un encuentro entre un grupo al margen de la ley y el Gobierno nacional.

*Narcoquerrilla*: grupos subversivos que utilizan el narcotráfico como método de financiamiento.

*Narcoterrorismo*: grupos terroristas que financian su accionar por medio del narcotráfico.

El uso institucionalizado de estas palabras hace que se pierda la claridad y precisión de lo que se está expresando. En un análisis crítico del discurso realizado por

González (2012), se encontró que en el período comprendido entre 1998 y 2005, para referirse al conflicto armado interno en Colombia, el Gobierno nacional, las guerrillas y el paramilitarismo usaban el término de conflicto y también otros como violencia, Violencia (con mayúscula) o guerra como sinónimos. Además, las FARC-EP reconocían la legitimidad del Estado, mas no del monopolio de la fuerza, por lo que asumieron algunos territorios como propios de su jurisdicción.

Por otra parte, en el período presidencial de Álvaro Uribe Vélez, se encuentra en el discurso del Gobierno nacional la recurrencia de términos emotivos y elocuentes sobre la patria como justificaciones para el accionar militar contra las guerrillas; en ese lapso, las AUC referían una cercanía ideológica con Uribe Vélez, mientras las FARC-EP siempre se mostraron como opositores del Estado y los distintos Gobiernos.

Durante la desmovilización de las AUC, los grupos paramilitares hacían referencia al grupo autorreferenciándose como una entidad que suplía la ausencia del Estado; sin embargo, cuando se trataba de asumir responsabilidades de su accionar, se aludía a actores particulares como Castaño o Mancuso. Tras la muerte de Carlos Castaño, el estilo del discurso se tornó menos hostil. Tanto en este proceso como en los adelantados con las FARC-EP se ha recurrido a nombrar instituciones de poder como la Iglesia, con el propósito de dar legitimidad a los procesos (González, 2012).

En un estudio desarrollado por Sabucedo y otros autores (2004), se analizó el discurso a partir de la frecuencia de uso de palabras y segmentos en los comunicados publicados por las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC-EP) en sus páginas web. Se halló que las expresiones más utilizadas por los grupos paramilitares para referirse al adversario eran: terroristas, subversivos, secuestradores, criminales, corruptos y asesinos, mientras las FARC-EP incluían términos políticos como neoliberal, imperialista y oligarca, además de otras como asesinos, criminales y terroristas. Ambos grupos coincidieron con el uso de términos que socialmente tienen una connotación negativa y de rechazo (agresores, calumnia, cínicos, manipulación y mentirosos, entre otros).

A pesar de su relación con estructuras tradicionales de poder, las AUC también usaron el término capitalista como forma de ataque al adversario (y otros de tinte político como izquierdistas, mesiánicos y totalitarios); por parte de las FARC-EP fue recurrente el uso de términos como fascista, imperialista, latifundistas y terratenientes. Las FARC-EP también emplearon palabras como mercenarios, paramilitares y sicarios para referirse a la naturaleza de las AUC y obedientes y vasallos para referirse a los rasgos de los paramilitares; las AUC calificaron como bandidos, guerrilla y subversivos para aludir a la naturaleza de la insurgencia y cobardes y dementes para describir sus rasgos.

En un estudio realizado por Borja-Orozco y otros autores (2008), en el que se analizó estadísticamente 112 discursos presidenciales emitidos durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez y 87 discursos de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), se encontraron semejanzas en el uso de calificativos como guerrilla, guerrilleros, subversión, subversivos, terrorista y terroristas. En cuanto a las acciones mencionadas por el Gobierno nacional y por las AUC, se encontraron los términos voladura, destruyen, intimidación, extorsionan, secuestrados y secuestro, cuyos calificativos más comunes en ambos casos eran atroz, barbarie, enemigos y hostilidades.

Respecto a las diferencias encontradas en el mismo estudio sobre la construcción del discurso deslegitimador del adversario, mientras los grupos paramilitares reconocían el componente ideológico del adversario atribuyéndole un componente negativo (con calificativos como izquierda, marxista y totalitarias, entre otras). En las alusiones presidenciales, para referirse a estos se utilizaban términos deshumanizadores como desalmados o inhumanos. Mientras las AUC los empleaba para aludir a grupos guerrilleros como el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y las FARC-EP, el Gobierno nacional incluía a los diversos grupos al margen de la ley.

La deslegitimación de otros grupos también se lleva a cabo entre el Gobierno nacional y grupos de oposición. En un estudio desarrollado por Acosta (2013), se analizaron las declaraciones hechas por el Gobierno con respecto al movimiento social y político Marcha Patriótica. Este era presentado como un enemigo (al vincularlo por medio del discurso con grupos armados como las FARC-EP) que podía ser combatido por el Ejército, como un salvador de la Nación. Además, se recurría a resaltar la seguridad como un valor y en las declaraciones de personajes como el presidente de la República, para legitimar la persecución contra el movimiento, se usaban estrategias como las comparaciones: se mostraban puntos de acuerdo entre la ideología y el objetivo de los grupos insurgentes y los del movimiento, como argumento de que este se hallaba infiltrado por aquellos.

El análisis del discurso también se ha hecho sobre lo emitido por personajes públicos. En un trabajo de Castellanos (2014), con respecto a los pronunciamientos del expresidente Álvaro Uribe Vélez, se observó el uso de un lenguaje deóntico por medio del cual se instaba la vía militar y el ejercicio de la violencia como método de resolución del conflicto armado colombiano. Se enfatizaba en los daños y las pérdidas humanas del propio grupo (Fuerzas Armadas y sociedad), mientras se negaba el daño sufrido por los otros grupos (guerrillas). Asimismo, se apreciaron estrategias discursivas para diferenciar entre los ciudadanos de primera y de segunda clase: se priorizó la liberación de ciertas personas que fueron resaltadas con nombre propio y se refirió a los demás secuestrados como “otros”. También se ubicó a Al Qaeda o al

nazismo como un equivalente de la guerrilla, para justificar la no búsqueda de una salida política al conflicto y catalogar como peligrosos a quienes apoyaban la realización de un proceso (uso de la dramatización y de la retórica del miedo).

Un ejemplo sobre las macroestructuras semánticas nombradas al inicio de este capítulo y su relación con la realidad social lo constituye el estudio de Olivar (2013), quien analizó el discurso sobre las elecciones presidenciales del año 2010, en particular lo comunicado por los candidatos Juan Manuel Santos, Antanas Mockus y Gustavo Petro.

En primer lugar, en el AD de Juan Manuel Santos se observó el uso de la figura de Uribe Vélez como estrategia para su primera elección presidencial y se generó el imaginario de que continuaría con sus políticas; además, el entonces candidato presidencial hacía todas sus propuestas desde instituciones, en vez de hacerlas a nombre propio.

En segundo lugar, se encontró que la legalidad, el respeto a la Constitución, la moralidad y la argumentación eran los tópicos más frecuentes en el discurso del candidato, mientras que en los de Gustavo Petro eran la democracia, la equidad social y la justicia.

En las elecciones fue elegido como presidente Juan Manuel Santos Calderón. Villarraga (2012) estudió las estrategias utilizadas por el entonces recién electo presidente en su discurso de posesión y halló un aprovechamiento del bicentenario de la Independencia para acudir al concepto de libertad y aludir a esta como el principal eje de trabajo de la Unidad Nacional y del Gobierno anterior.

De acuerdo con un análisis del discurso realizado por Rivero (2013), durante la primera parte de su primer período presidencial y antes del inicio de los diálogos de paz con las FARC-EP, Juan Manuel Santos pretendió mostrar ante la comunidad internacional la violencia en Colombia como consecuencia de un factor externo —las guerrillas colombianas— y negaba a ese grupo como un sector de la población colombiana.

Presentaba al resto de la población como homogénea, para propiciar la idea del país como víctima indiscriminada del accionar insurgente. En septiembre de 2012, fecha en la cual se oficializa el proceso de paz con las FARC-EP, se hace alusión a la violencia y las guerras en otros países (Siria y Medio Oriente, en general) para ejemplificar y contrastar la situación colombiana y argumentar la necesidad de una salida política a lo que ahora es reconocido por el presidente como un conflicto armado interno y no como terrorismo.

El proceso de paz cambió el discurso de muchos actores. En un análisis del discurso desarrollado por Borja (2015) con respecto a las publicaciones de la revista *Semana*

y el semanario *Voz* durante la segunda vuelta presidencial de 2014 sobre los diálogos de paz, se encontró que los conceptos de paz y guerra fueron los ejes para categorizar a los dos candidatos presidenciales: Juan Manuel Santos Calderón y Óscar Iván Zuluaga (quien representaba al uribismo). Se creó un imaginario a favor de Santos que obedecía a la lógica de que este debía ser elegido para que la guerra no continuara; la crítica al uribismo por parte de los columnistas de larga trayectoria se hizo de manera sistemática.

Dichos resultados concuerdan con el estudio de Acevedo (2015), quien hizo un análisis crítico del discurso de dos artículos centrales de la revista *Semana*. De acuerdo con el estudio, al mostrar la campaña como seria y sobria, la revista sentaba una posición a favor del entonces candidato Juan Manuel Santos, quien se había identificado más por estos rasgos que por actuar con base en asuntos pasionales; sin embargo, es importante recalcar que la campaña no fue sobria y que se caracterizó por una serie de escándalos. Por otra parte, el Centro Democrático era mostrado como una colectividad no sólida que, en vez de girar en torno a unos valores o ideales, lo hacía alrededor de la figura de Uribe, quien era percibido por esta como un caudillo.